

CAPITULO 26.

Lo que hizo Pedro de Alvarado para aventajarse. []*

Quiso Pedro de Alvarado pasar su real á la plaza de Tlatelolco porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con los españoles á pie y á caballo, teniendo su fuerte lejos de ellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitan, y porque le importunaban los de su compañía, diciendo que les seria afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza ántes que ellos, pues la tenia mas cerca que ninguno; determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnicion, llegó á una puente quebrada que tenia de largo sesenta pasos, que por que los españoles no pasasen la habian alargado y ahondado dos estados en agua: combatióla Alvarado, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó: dejó dicho á unos que la cegasen y siguió el alcance de los enenigos con hasta cincuenta españoles; mas como los de la ciudad no vieron mas de aquellos pocos que no podian pasar los de á caballo, revolvieron sobre él tan de subito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua sin ver como mataron muchos de nuestros indios y prendieron á cuatro españoles que luego allí para que todos los viesén los sacrificaron á sus dioses y comieron. Alvarado cayó de su locura por no ereer á Cortés que siempre le decia no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena, y otro tanto le pudiera haber sucedido á él si cre-

[*] *Al hablar el padre Clavijero de las operaciones de Alvarado refiere las proezas de Tzilacatzin. Dice que este era un membrudo tlatelolco, disfrazado de otomite con un ichcahuepilli ó coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo y tres piedras corrieado velocisimamente ácia los sitiadores, arrojó una tras otra las tres piedras con tanta destreza y vigor que abatió un español con cada una, causando no menos indignacion á estos, que miedo y admiracion á los aliados. Empleáronse muchos arbitrios para haberlo á las manos, pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo además tanta velocidad para huir, como fuerza en los brazos para ofender.... Muchos de estos esforzados se necesitaban para tan inicuos agresores, mejor diré, se necesitaba aquel ángel exterminador que en una noche acabó con el campo de los Asirios que obraban sobre Jerusalén.*

yera á los que le decian que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor porque cada casa estaba ya hecha isla segun la mucha agua que habia. Las calzadas por muchas partes rompidas y las azoteas llenas de piedras, que de estos y tales ardidés usó y tuvo muchos Quauhtimoc. Cortés fué á ver donde habia mudado su real Pedro de Alvarado y á reprenderle por lo sucedido, y avisarle de lo que tenia de hacer, y como le halló tan metido dentro de la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que habia ganado, no solo no le culpó mas alabóle. Platicó con él aquel rato muchas cosas tocante á la conclusion del cerco, y se volvió á su real.

CAPITULO 27.

Las alegrías y sacrificios que los mexicanos hacian por una victoria.

Dilataba Cortés el poner su cuartél en la plaza mayor aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos por las razones poco ántes dichas, y por ver si Quauhtimoc se diera, y aun tambien porque no podia ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enenigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles juntamente con el tesorero del rey viendo su determinacion y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza; él les dijo que hablaban como valientes, pero que convenia primero mirarlo muy bien, que los enenigos estaban fuertes y determinadísimos á morir defendiéndose: tanto replicaron que al cabo otorgó lo que pedian y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval que estaba en su asiento y á Pedro de Alvarado la instruccion de lo que debian hacer, la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnicion como que levantaba su real, y que pudiese diez de á caballo en la calzada tras de unas grandes casas porque si de la ciudad saliesen creyendo que huian los alanzearan, y el que se viniése á donde Pedro de Alvarado estaba con diez á caballo y cien peones y con los bergantines, y dejando allí la gente tomase los otros tres bergantines y fuése á ganar el paso, donde fueron desbaratados los de Alvarado, y si lo ganaba que lo cegase muy bien ántes de ir mas adelante, y que si fuése no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase cegado y bien aderezado: que Alvarado entrase cuanto pudiese á la ciudad y que le enviase ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiásen las tres mil barcas ó canoas de los amigos indios como la otra vez por entrambas lagunas. Repartió Cortés la gente de su real en tres compañías por que

para ir à la plaza habia tres calles por la una que era de enmedio que llaman *Cuahuecatitlan* (43) entraron el tesorero Julian de Alderete, Alonzo de Grado con setenta españoles, veinte y mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle que se dice *Tecontlanamacoya* envió á Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles, y mas de diez mil indios: quedaron à la boca de esta calle dos tiros y ocho de à caballo. Cortés fué por la otra principal calle que se dice ahora de Santa Ana que va á dar à *nuestra señora de Guadalupe*, en esta entró con gran número de amigos y con cien españoles de à pie, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros: mandó á ocho de à caballo que quedásen y no fuésen tras de él sin enviárselo á decir. De esta manera entraron todos à un tiempo, y cada cuadrilla por su cabo, é hicieron maravillas derrotando hombres y albarradas, y ganando puentes llegaron cerca del *Tianquiztli*: cargaron tantos indios de nuestros amigos que entraron por las calles à escala vista y las robaron: segun iba la cosa parecia que todo se ganaba aquel dia. Cortés decia que no pasásen adelante que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirásen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance, dejaron una quebrada falsamente ciega de doce pasos de ancha, y dos estados de honda: fué allí Cortés luego que se lo dijeron à remediar aquel mal recaudo, mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos arrojar al agua por miedo de los muchos indios y enemigos que venian detrás, los cuales se echában tras de ellos por matarlos: venian tambien por agua barcas que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés ni otros quince que alli estaban sino de dar las manos á los caidos: unos salian heridos, otros medio ahogados y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga que los cercó. Cortés y sus quince compañeros embebecidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos no se pensaron el peligro en que estaban, y así echáron mano de él ciertos mexicanos y lleváranselo à no ser por Francisco de Olea criado suyo que cortó las manos al que le tenia asido de una enchillada, al cual mataron luego alli los contrarios, y así murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones capitán de la guardia, trabó del brazo á Cortés y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces corria la fama que Cortés era preso, acudian españoles los á la brega, y uno de à caballo venia haciendo

[43] Parece que es *Necatitlán*, barrio al sur de México.

algun tanto de lugar, mas luego le dieron una lanzada por la garganta que le hicieron dar la vuelta, estancó un poco la pelea pues que le hicieron caer en el suelo muerto. Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron, y porque no se podia pelear alli bien à caballo, recojió los españoles, y dejando aquel mal paso se salió à la calle de *Tlacopan* que es ancha y buena. Murió alli Guzman, camarero de Cortés por querer darle un caballo, cuya muerte dió mucha tristeza à todos, pues era honrado y valiente: anduvo tan revuelta la cosa que cayeron al agua dos yeguas, la una se remedió, la otra mataron los indios como hicieron con el caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarrada el tesorero Guzman de Alderete y sus compañeros les echaron de una casa tres cabezas de españoles digiéndoles que otro tanto harian de ellos si no alzaban el cerco. Viendo Cortés esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco à poco. Los *temacaxtles* del demonio se subieron à unas torres de *Tlatelolco* donde estaban sus dioses, encendieron braseros echaron en ellos *copalli* en señal de victoria, desnudaron los españoles cautivos que serian hasta cuarenta, abrieronles por el pecho, sacáronles los corazones para ofrecer à sus idolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieron los españoles ir allá y vengarse de aquella crueldad ya que no la podian estorbar; mas bien tuvieron que hacer en ponerse en cobro segun la carga y priesa que les dieron los enemigos, no teniendo caballos ni espadas. Fueron este dia cuarenta españoles presos y sacrificados, quedó herido Cortés en una pierna, y mas de otros treinta españoles, perdióse un tiro que lo echáron en el agua y tres ó cuatro caballos: murieron cerca de dos mil indios nuestros amigos, muchas de nuestras canoas se perdieron y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestre de uno de estos salieron heridos, y el capitán murió de la herida de alli á ocho dias: tambien murieron peleando este dia cuatro españoles del real de Alvarado. Fué aciago el dia, y la noche triste y llorosa para los españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de México con grandes luminarias y fuegos, con muchas voeinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como ántes las tenian, pusieron velas en las torres y centinelas cerca de los reales, y luego por la mañana envió el rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca en señal de la victoria alcanzada, rogádoles que dejásen la amistad los de españoles, y prometiendo que presto acabarian los que quedaban y libraria toda la tierra de guerra, lo cual fué causa de que algunas provincias tomásen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron *Malinalco* y *Cohuizco* contra *Coahuavác*, ó *Cuauhahuac*: sonóse luego esto por muchas partes y temian los españoles rebé-

lion en los pueblos amigos y motin en su ejército, mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro día á pelear por no mostrar flaqueza á los enemigos, y tornóse de la primera puente; tuvo algunos reencuentros y luego se volvió á su fuerte, aunque no descansaba de allí adelante.

CAPITULO 28.

La conquista de Malinalco, Matatzinco () y otros pueblos.*

A dos dias del desbarato dicho vinieron al real de Cortés los de Coahuahuac (44) que ya de muchos dias eran sus amigos á decirle como los de Malinalco y Coahuizques les daban guerra y les destruian las siembras y frutas, y le amenazaban á él para despues que los hubiese á ellos vencido, por tanto que les diése alguna ayuda de españoles. Cortés aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió mandar españoles, tanto por no perder crédito, quanto por la instancia con que los pedian, lo cual contradijeron algunos de los principales castellanos que no les parecia bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones de estos, diez de á caballo, y por capitán á Andrés de Tápia á quien encargó mucho la guerra y la brevedad: aplazóle con diez dias para ir y venir. Andrés de Tápia fué allá, juntóse con los de Coahuahuac, halló á los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto donde los caballos no podian subir: taló lo llano y tornóse; hizo tanto fruto esta salida que libró los amigos, y atemorizó los enemigos que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo dia que Andrés de Tápia llegó de Coahuahuac, vinieron diez y seis mensajeros, de lengua otomíll quejándose de los señores de la provincia de Matatzinco sus vecinos, que les hacian cruda guerra, y que les habian destruido la tierra, quemado un lugar y llevádose la gente, y que venian ácia México con propósito de pelear con los españoles para que saliésen entonces los de la ciudad, y los matásen ó echásen del cerco, y que proveyese presto de remedio, por que no estaban de allí mas de doce leguas y eran muchos. Cortés creyó ser asi por lo que los dias atrás cuando andaban peleando le amenazaban los mexicanos con Matatzinco, envió allá á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos, cien peones, y con muchos indios amigos de aquella serranía

[*] En el valle de Toluca.

[44] Hoy Cuernavaca.

que estaban dias habia en el cerco. Hizo Cortés esto, tanto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos que bien sabia en cuanto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de otomílls, que estaba destruida: llegó despues á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran priesa de un lugar que acababan de quemar, y como vieron españoles y hombres á caballo huyeron dejando buena parte del despojo: pasaron los españoles otro rio, y repararon en un llano. Sandoval los siguió, halló en el camino fardales de ropa que no pudieron llevar, carga de centli y niños asados, arremetió á ellos con los caballos, llegaron luego los de á pie y desbaratados huyeron: siguiólos hasta meterlos en Matatzinco que estaba tres leguas, murieron en el alcance dos mil, la ciudad se puso en defensa para que entretanto se fuesen mugeres y muchachos y llevásen la ropa á un cerro muy alto donde habia una fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos que serian hasta setenta mil, entraron dentro del pueblo, echaron fuera los vecinos, saqueáronlo y quemáronlo, y en esto se pasó la noche: los vencidos se recogieron al cerro que digo, tuvieron grandes llantos y alaridos, y un estruendo increíble de atabales y vocinas hasta media noche, que despues todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana, fué al cerro y no haló á nadie, ni rastro de los enemigos, fué á dar sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor de este lugar dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matatzinco, Malinalco, Cuixco, y cumpliólo porque luego les habló y los llevó á Cortés; él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco que mucho pesó al rey Quauhtimoc.

CAPITULO 29.

Determinacion de Cortés en asolar á México.

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tabazon de los bergantines y que estaba con Pedro de Alvarado al principio de la guerra, viendo que ya no peleaban los españoles como solian, entró con solo los de su provincia, cosa que no se habia hecho á combatir la ciudad, acometió una puente con mucha grita y ape'lidando su linaje y ciudad la ganó: dejó allí cuatrocientos flecheros y siguió los enemigos que de industria para cojerle á la vuelta huian; revolvieron sobre él y trabóe una muy gentil escaramuza, que unos y otros pelearon reciamente y á un igual pasaron grandes razones: hubo muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien, diéronle carga y pensaron salirse al paso del agua;

mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia; quedaron los de México corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de los tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatían los nuestros según solían, pensaban en México que de cobardes y enfermos, ó por ventura de hambrientos, y un día al romper el alva dieron en el real de Alvarado un buen rebato: sintieron las velas, tocaron á la arma, salieron los de dentro á pie y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir: muchos de ellos se ahogaron, otros fueron heridos y todos escarmentados: dijeron tras de esto los de México que querían hablar á Cortés, él se llegó á una puente alzada á ver que decían: ellos una vez pedían treguas y otras paces, y siempre ahincaban que se fuesen los españoles de toda su tierra; era todo esto para descubrir qué corazón tenían los españoles y para tomar algunos días de treguas, á fin de abastecerse que su voluntad siempre fué de morir defendiéndose á sí, á su patria y á su religion. Cortés les respondió que las treguas á él ni á ellos convenían; mas que la paz que en todo tiempo era buena, no se perdiera por él aunque era el cercador y tenía mucho que comer: que mirásen ellos como la querían, ántes que se les acabáse el pan no se muriésen de hambre. Estando así platicando con el faraute Malintzin, se puso en el baluarte un socarron anciano, y á vista de todos sacó con mucho espacio de una mochila ó costalillo pan y otras cosas que comió dando á entender que no tenían necesidad, y con esto se feneció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el sitio porque en cerca de cincuenta días no había podido ganar á México, y maravillábase que los enemigos durásen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiésen paz ni concordia sabiendo cuantos milares de ellos eran muertos á manos de los contrarios, y aun cuantos de hambre y dolencia: rogóles fuésen sus amigos sino que los mataría á todos en general y los tendria cercados por agua y tierra para que no les entráse fruta, ni pan, ni agua y se comiésen unos á otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles, y cuanto mas miedo les ponían mas esfuerzo mostraban, y mas reparos y ardidés hacían, pues que hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes por mandado del rey Quautimoc para que no pudiésen correr los caballos, y atajaron otras calles á piedra seca para que no entrásen los españoles. Cortés aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganáse y con ellas cegar muy bien las acequias y canales de agua: comunicólo con sus capitanes y á todos les pareció bueno aunque trabajoso y largo; dijo también á los señores amigos indios del ejér-

eito, los cuales se holgaron en general con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con chuicles de palo que sirven de pala y asada, ó cóas y cestos para cargar tierra: en esto se pasaron cuatro días desbaratando casas. Cortés como tuvo gastadores apercibió su gente y comenzó de nuevo á combatir la calle que va á la plaza mayor, aunque los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el rey que á donde estaba, y ellos respondieron que le habían ido á llamar, y así esperó una hora y al cabo le tiraron muchas piedras, flechas y varas deshonrándole. Viendo esto arremetieron los españoles, ganaron una grande albarrada y entraron en la plaza, quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron el agua de aquella calle de tal manera que nunca mas se abrió, derrocaron todas las casas y dejando la entrada llana y abierta se volvieron al real. Seis días á la continua hicieron los castellanos otro tanto como aquel sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo al siguiente día una emboscada, llamó á Gonzalo de Sandoval que viniése con treinta caballos suyos y de Alvarado para juntarse con otros veinte y cinco que tenía: envió los bergantines adelante y toda la gente, y él se metió con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza: pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y con tanto esfuerzo que derrotaron muchos indios á la primera arremetida, y fuéronse retirando atrás, y al pasar la casa grande á donde estaba la celada soltaron una escopeta que era señal de que saliera. Venían con tanto hervor, y grita los contrarios ejecutando el alcance que pasaron bien adelante de la zalagarda; salió Cortés con sus treinta de á caballo á gran tropel diciendo ¡San Pedro y á ellos! ¡Santiago y á ellos! é hizo grande estrago matando á unos, derrotando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendían los indios amigos. En esta celada sin los de los combates murieron quinientos mexicanos que era la flor de Tlaltelolco, y quedaron presos otros muchos: tuvieron bien que cenar los indios nuestros amigos que no se les podía quitar el comer carnes de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro: de esta heccha cobraron en México tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como ántes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza, á que los nuestros se retirásen por miedo de otra, y en fin esto fué causa para que mas fácilmente se ganáse México.

CAPITULO 30.

La hambre y dolencias que los mexicanos pasaban con grande ánimo.

Dos mexicanos que decían ser republicanos, hombres de poca manera se salieron de noche de puro hambrientos, y se vinieron al real de Cortés los cuales dijeron como sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias y que amontonaban los muertos en las casas por encubrirlos, y que salían por las noches á pescar entre las casas que había acequias y á donde no los tomásen los bergantines á buscar leña y cojer yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero, hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con quince de á caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos fué allí ántes que amaneciése; metióse tras de unas casas y puso espías que le avisásen con cierta señal cuando viniésen gentes; mas como fué de dia comenzó á salir mucha gente á buscar que comer: salió Cortés por la señal que tuvo é hizo gran matanza en ellos. Como las mas eran mugeres, muchachos, y los hombres iban casi desarmados ó sin armas, murieron allí ochocientos, los bergantines tomaron allí tambien muchos hombres y barcos pescando: sintieron el ruido las velas de la ciudad, mas los vecinos espantados de ver andar por allí españoles á hora desacostumbrada, temieron los mexicanos de otra zalagarda, y no pelearon. El dia siguiente que fué víspera de Santiago, patron de España, entró Cortés con parte de su gente, á combatir como soia la ciudad, acabó de ganar la calle de Tlacópan y quemó las casas principalísimas de Quauhtimóc (el cual como se ausentó de aquí se fué á Tlaltelolco) que eran grandes y fuertes, cercadas de agua. Ya con esto estaban de cuatro partes de México ganadas las tres, y se podia seguramente ir del real de Cortés al de Alvarado; como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mexicanos á los de Tlaxcalán y de otros pueblos, *así, así dáos prisa, qu mud y asolad bien estas casas, que vos tros las tornaréis á hacer, mal que os pese á vuestra costa y trabajo, porque si somos vencedores hareislas para nosotros, y si vencidos para los españoles.* (44) De allí á cuatro dias entró Cortés por su parte, y Alvarado por la suya, el cual trabajó lo posible para ganar dos torres de las de Tlaltelolco para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitan: hizo en fin tanto que las

[44] *Cumplióse el vaticinio, y en la reedificacion murieron muchos millares de indios.*

ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro dia se paseaban los de á caballo por la plaza y los enemigos miraban desde las azotéas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos, por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídas, y los hombres muy flacos y amarillos que hicieron lástima á los españoles. Cortés les movió partido; pero ellos aunque flacos de cuerpo estaban recios de corazon, y respondiéronle que no hablase de amistad ni esperáse despojo ninguno de ellos, porque habian de quemar todo lo que tenían ó echarlo al agua donde nunca parecése, y que uno solo que de ellos quedáse habia de morir peleando. Fallaba ya la pólvora, bien que sobraban saetas y picas como se hacían cada dia, y para dañar ó á lo menos espantar los enemigos se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad, no lo acertaron á hacer los carpinteros, y así no aprovechó á los españoles; disimularon con que no querían hacer mas daño de lo hecho. Como habian estado cuatro dias ocupados en hacer el trabuco, no habian entrado á combatir la ciudad, y cuando despues entraron hallaron llenas las calles de mugeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciésen mal á personas tan miserables: la gente principal y sana estaba en las azotéas sin armas y *con mantas*, cosa nueva y que puso admiracion, creo que guardaban fiesta; requiríoles con la paz, respondieron con disimulacion. Otro dia dijo Cortés á Pedro de Alvarado que combatíese un barrio de hasta mil casas que estaba por ganar, y que él ayudaria por otra parte: los vecinos se defendieron muy bien un gran rato mas al cabo huyeron no pudiendo sufrir la furia y prisa de los contrarios: los españoles ganaron todo aquel barrio y mataron doce mil ciudadanos: hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos que á ningun mexicano daban vida por mas reprendidos que fueron: quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio que apenas cabian de pies en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino sobre cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad, subiése á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho: Otro dia siguiente tornó á combatir lo que quedaba, mandó á todos los suyos que no matásen sino al que se defendiése. Los de México llorando su desventura rogaban á los españoles que los acabásen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha prisa; él fué corriendo al á pensando que seria para tratar de algun concierto: puso junto á una puente y dijéronle al capitan Cortés, pues eres hijo del Sol, ¿por qué no acabas con el que nos acaba? ¡O Sol (esclama-

ron) que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar, que deseamos la muerte por ir á descansar con Quetzalcohuatl que nos está esperando! Tras de esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos: ¡gran compasión les tenían los españoles!

CAPITULO 31.

La prision del rey Quauhtimóc.

Cortés que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darian: habló con un tío de D. Fernando de Tezococo, que tres días ántes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuéese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio sabiendo la determinacion de Quauhtimóc, pero al fin dijo que iria por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró á otro día con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles: los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecia: fué luego al rey y dijole su embajada. Quauhtimóc se enojó y lo mandó sacrificar, la respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querian morir y no paz: pelearon recio aquel día, hirieron y mataron muchos hombres y un caballo con un dalle que traia un mexicano, hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos mas hirieron. Otro día entró Cortés mas no peleó, esperando que se rindiésen; pero ellos no tenían tal pensamiento: llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocia diciendo, que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima los dejaba, y porque los queria mucho, que hiciésen con el señor, se diésen y serian bien recibidos y tratados, y tendrían que comer. Con estas y otras razones así, les hizo llorar. Respondieron que bien conocían su error, y sentían su daño y perdicion, pero que habían de obedecer á su rey y á sus dioses que así lo querían; mas que se esperase allí que iban á decirlo á su señor Quauhtimotzin. Fueron y de allí á un rato volvieron diciendo, como por ser ya tarde no venia el señor, mas que al otro día vendria sin duda ninguna á hora de comer á hablarle en la plaza. Con esto se volvió Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian: mandó aderezar el teatro de la plaza, con estrado á la usanza de los señores mexicanos, y traer de comer para otro día: fué con muchos españoles muy apercebidos, no vino el rey sino envió cinco señores muy principales que tratásen conciertos y que lo disculpasen por enfermo.

Pesó á Cortés que el rey no viniése; pero holgóse mucho con aquellos señores creyendo por su medio acabar la paz: comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad, llevaron algun refresco y prometieron de tornar porque Cortés se los rogó y les dijo que sin la presencia del rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno, volvieron de allí á dos horas trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas y dijeron como en ninguna manera el rey vendria que tenia vergüenza y miedo: fuéronse porque era ya noche. Volvieron á otro día aquellos mismos á decir á Cortés que se fuéese al mercado que le queria hablar Quauhtimóc, fué y esperó mas de cuatro horas, y nunca el rey vino. Viendo la burla envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte y él por otra combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos, y como halló poca resistencia, que no tenían piedras ni flechas, entró é hizo lo que quiso, pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel día muertas y presas, y mas tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matásen que en pelear, el saco no se los estorbaron. Era tanto el llanto de las mugeres y niños que quebraba los corazones á los españoles, y tan grande la hedondez de los cuerpos muertos que se retiraban presto. Propuso Cortés aquella noche de acabar otro día la guerra, y Quauhtimóc de huir: para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fué al rincón ó caleta en que los enemigos estaban acorratados, dijo á Pedro de Alvarado que se estuviése quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entráse con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de México, y que mirásen por el rey y no le matásen. Mandó á los demás que echásen al enemigo ácia los bergantines, subióse á una torre y preguntó por el rey, vino Tlacotzin, Xihuacóatl (45) presidente supremo ó juez mayor, gobernador y capitán general (que despues se llamó D. Juan Velasquez) hablóle y no pudo recabar con él que se le diésen: todavía salieron muchos, y los mas eran viejos, muchachos y mugeres, y como eran tantos y traían priesa, unos á otros se arrempujaban y se echaban al agua donde se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandásen á los suyos no matásen aquella mezquina gente pues se daba; pero no pudieron tanto que no matásen y sacrificásen mas de quince mil de ellos. Tras de esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor queria huir y ellos no tenían ni sabían donde ir, y así procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían se caían

[45] *Xihuacóatl*, nombre del supremo gobernador del imperio mexicano.

al agua y se ahogaban: muchos hubo que se escaparon nadando, la gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azotéas disimulando su perdicion. La nobleza mexicana y otros muchos estaban en canóas con el rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Alvarado acometiése por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón donde estaban los enemigos, diéronles tanta priesa que en chico rato lo ganaron sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas sin que ninguno se defendiése, ántes echaron todas á huir por donde mejor pudieron: abatieron el estandarte real: Garcia de Olguin, que era capitán de un bergantin velero dió tras de una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente, dijole un prisionero que llevaba consigo como eran aquellos del rey y que podia ser ir allí: dióle entonces caza y la alcanzó, no quiso embestir con ella sino encaróle tres ballestas que tenia. Quauhtimóc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear, mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navio, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garcia de Olguin muy alegre con tal presa lo llevó á Cortés el cual lo recibió como rey, hizole buen semblante y llegóse ácia Quauhtimóc; entonces echó mano al puñal de Cortés y dijole.... ya yo he hecho todo mi deber para me defender y á los míos, y lo que era obligado para no venir á tal estado y lugar como este, y pues vos podeis ahora hacer de mí lo que quisieredes, *matadme* que es lo mejor. Cortés lo consoló, le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío, subióle á una azotéa, rogóle mandase á los suyos que se diésen, él lo hizo, y ellos que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

CAPITULO 32.

De la toma de México. []*

De la manera que queda dicho ganó Fernando Cortés á México Tenoxtitlán, martes á trece de agosto, día de San Hipólito, año de mil quinientos veinte y uno. En memoria de tan gran hecho y victoria hacen cada año en semejante día los de la ciudad fiesta y procesion en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses, tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez

[*] Cuando la toma de México tenia Cortés 36 años de edad. El pendón con que obtuvo este triunfo existe depositado en el Museo de la Universidad recién abierto, y se muestra al que quiere verlo. Tiene una imágen de Maria Santísima que parece del Refugio.

y siete piezas de artillería, trece bergantines y seis mil barcas murieron de su parte mas de cien españoles y seis caballos y no muchos indios: murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen muy muchos mas; pero yo cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales, y así murieron muchos nobles: eran muchos, comian poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina; por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia en que murieron infinitos, de las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito, porque llegando al extremo de comer ramas y cortezas de árboles, y beber agua sálobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre, mas Quauhtimóc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos no diéron señal de flaqueza, que se tenían los muertos en casa por que los enemigos no los viésen. De aquí tambien se conoce, como aunque los mexicanos comen carne de hombre, no comen la de los suyos como algunos piensan, que si la comieran no murieran así de hambre. Alaban mucho las mugeres mexicanas, y no porque se estuviésen con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar y aun pelear desde las azotéas, que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse México á saco: los españoles tomaron el oro, plata y pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabrínaba. Enterró los muertos como mejor pudo, herró muchos hombres por esclavos con el hierro del rey, los demás dejó libres: varó los bergantines en tierra, dejó en guarda de ellos á Villa-fuerte con ochenta españoles porque no los quemásen los indios: estuvo en esto cuatro días, y luego pasó al real de Coyoacán donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habian ayudado: prometiéndoles el gratificárselos, y dijo que se fuésen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenia mas guerra, y que los llamaria si la hubiése: con tanto se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á México, por ir amigos de los españoles y en gracia de Cortés.

EL EDITOR.

La lectura de esta relación pone pavor al corazón mas apático é insensible: yo quisiera que tan horrible cuadro jamás se separase de la imaginación de mis compatriotas, tanto para que por su representación odiásen cuanto es posible la dominación española, quanto por que conociésen qual es el re-

sultado funestísimo que siempre produjo en los pueblos su división en bandos. Romanos fueron vencidos por romanos en los días de Augusto, y mexicanos también lo fueron por mexicanos; Cortés no hizo más que poner en conflagración todos los elementos combustibles de odio que halló preparados para desatarse contra una capital que había sido tirana abominable de todas estas regiones, de cuyos puntos más distantes eran traídos sus hijos a millares para ser sacrificados en el templo mayor de México. ¡Ah! esta sola reflexión calma mi inquietud cuando recorro la memoria de tan sangrientas agresiones. Jamás, sí, (lo digo con la verdad que debo), jamás me presento en la catedral de México que no me traslade con el espíritu hasta aquellos tenebrosos tiempos, y me figure oír los horribles gritos de innumerables víctimas que allí mismo fueron sacrificadas, arrancándoseles el corazón entre penas indecibles; ni deje de bendecir la clemencia del cielo porque substituyó a tan abominables sacrificios el santo y adorable de Jesucristo, de este Dios de paz, del mejor amigo de los hombres, y del que con su sangre preciosísima puso término a las calamidades del género humano.... ¡O mexicanos! pasaron tres siglos de cautiverio, y todavía veo yo en medio de la libertad que gozáis ciertos resquicios del castigo que pesó sobre nosotros por la idolatría de nuestros padres; ofendióse mucho el cielo, y más se ofenderá si en lo sucesivo abandonáis los principios de la buena moral y entregáis vuestros corazones a sectas y máximas que destruyen los del evangelio, si los abris a la incredulidad oyendo falsas doctrinas, y abrazando como principios los más groseros absurdos y detestables sistemas que quitan al pobre pecador hasta la esperanza del premio eterno, y el temor de un eterno castigo.

La pérdida de los mexicanos seguramente fué mayor de 150 mil hombres en este sitio; no me parece absurdo comparar la conquista de México con la ruina de Jerusalén en la que según D. Juan José Heydeck tomo 4.º pág.ª 165, ascendió a un millón, trescientas cuarenta y cuatro mil cuatrocientas noventa personas las arruinadas, sin las que murieron en las cavernas; las once mil que se dejaron morir de necesidad por no querer tomar alimento, y diez mil más que murieron en *Jotapat*. Este autor tuvo en consideración no solo los muertos en la ciudad, sino también los que perecieron de orden de Floro, en Tolemayda &c., a cuántos no ascenderán los que fallecieron en las guerras de Tlaxcalán, de Otumba, de los valles de México, Toluca, Cuernavaca, inmediaciones de la capital, por las viruelas, y posteriormente por la reedificación de México? El entendimiento se abisma al considerar como un mil y cien personas de todas clases y sexos españoles, pudieron causar tanto daño viniendo destituidos de auxilios de regiones tan distantes.... Todo lo hace Dios cuan-

do quiere castigar a un pueblo, y cuando da licencia aun a los seres inanimados para que sirvan de instrumentos de su venganza. Ya que existimos todavía sobre las ruinas de aquella opulentísima México destruida y no la miramos sin estremecernos, paguemos un justo tributo de admiración al valor heroico con que los antiguos mexicanos defendieron hasta el último trance su libertad e independencia; venguemos los manes del joven *Quauhtimotzin* que aun en el acto mismo de rendirse mostró la grandeza de su corazón presentándose con heroica dignidad a su vencedor, encargándole el buen tratamiento de su esposa la reina *Tecuichpotzin*, y suplicándole por favor le quitase la vida, ya que no había tenido la dicha de perderla en defensa de su reino.... ¡O joven modelo de príncipes! aunque infamado en un potro de tormentos por ese mismo Cortés que te prometió tratar como a rey, y después pretendió arrancarte la confesión de tus tesoros por robártelos como un salteador inmoral y prostituido; aunque después te hizo morir ahorcado de un árbol para deshacerse de tu persona, porque con tus virtudes eras un terrible fiscal de sus depredaciones y saltos y no podía sostener tu presencia, tú serás grande en las edades venideras, tu dignidad aun en los actos de mayor humillación, tu energía en ocultar las riquezas que su avaricia deseaba descubrir en medio del fuego y de la ignominia, tu severidad en reprender en semejante actitud la cobardía de tu ministro con una terrible mirada; todo esto te presentará grande y laudable en el teatro de los héroes, y tú servirás de asunto grande a poetas, oradores y artifices para que perpetúen tu memoria. Regocíjate ya porque tus hijos recobraron tu imperio y su libertad. La sombra del conquistador se pasea sobre nuestras Cámaras y contempla atónita nuestra dignidad y firmeza para ser libres, y consolidar nuestra independencia con sabias leyes. Que presida la tuya en nuestros consejos, que nos inspire valor en los infortunios, y que tu voz magestuosa y terrible se haga oír en el fondo de nuestros corazones, diciéndonos en el silencio de las pasiones que nos agiten.... *Uníos hijos míos de corazón, uníos, no perdáis la libertad como mis pueblos; apreciad este bien, y recibid mis felicitaciones porque gozáis ya de tan inapreciable dicha.*

EL EDITOR.

Para dar una cabal idea de este suceso y su terminación, conviene tener presente el texto del padre Betancourt que dice: „A la mañana (el 14 de agosto de 1531) puesto el ejército en dos hileras fueron al harrio de *Amaxac* a unas casas grandes que había donde está hoy la hermita de santa Lucía por no haber otras capaces, que las demás estaban destruidas; y colgadas con doceles bien tejidos, debajo de uno de ellos se

sentó Cortés, y á su lado derecho *Quauhtimac*, á su izquierdo los otros reyes, y presentes muchos principales hizo por medio de Marina una breve plática en que les hizo jurar por su rey y al emperador: pidió el oro que se dejaron la noche triste: traerónle alguna cantidad, y pareciendo poco, los mexicanos se disculparon con los de *Tlaltelolco* que en canoas lo habían robado, y estos con los mexicanos: tratóse de los tributos y señalaron á un principal, que despues se llamó *D. Juan*, por señor de aquella parte para recogerlos, y *Quauhtimoc* y á los demas lo que les tocaba." Desengañémonos, Cortés jamás quitó el dedo del renglon... el oro de esta tierra, y la dominación de ella por la fuerza... hé aquí los dos grandes objetos que jamas perdió de vista y á que encaminó todos sus trabajos y diligencia.

CAPITULO 33.

Como dieron tormento á Quauhtimóc y á otros señores para saber del tesoro en Coyoacán.

No se halló todo el oro en México que primero tuvieron los castellanos, ni rastro del tesoro de *Motheusoma* que tenía gran fama de que mucho se dolían los españoles, que pensaban cuando acabaron de ganar á México hallarlo, ó á lo menos cuanto perdieron al huir de México. Cortés se maravillaba como ningun indio le descubria oro ni plata, los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del rey querian descubrir oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; pero nunca pudieron recabar de mexicano alguno que dijese nada, aunque todos decian era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así es que acordaron dar tormento á *Quauhtimóc*, que bautizado despues se llamó *D. Hernando*, y á *Tlacotzin Xihuacoatl*, presidente supremo gobernador y capitan general, el que bautizado despues se llamó *D. Juan Velasquez*, y á *Covanacotzin* que bautizado despues se llamó *D. Pedro de Alvarado*, señor que fué de *Tezcoco*, y á *Tetepanquezeatl* que bautizado despues se llamó *D. Pedro* señor de *Tlacópan*, y *Aquici*, que bautizado despues se llamó *D. Carlos*, señor de *Atzcapotzalco* *Mexicapan*, y á *Mutelchinhin Huiznahuatl*, capitan mexicano, que bautizado despues se llamó *D. Andrés*, y á otro caballero y privado del rey. El caballero tuvo tanto sufrimiento que aunque murió en el tormento de fuego no confesó cosa de cuantas preguntas le hicieron sobre tal caso, ó porque no lo sabia ó porque guardaba el secreto que su señor le confió costantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al rey para que habiendo compasion de él le diése licencia como dicen

de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él: *Quauhtimóc* lo miró con ira y lo trató vilísimamente como muelle de poco esfuerzo, preguntandole *si estaba él en algun deleite ó baño*. Cortés quitó del tormento á *Quauhtimóc* pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo como él echó en la laguna diez dias ántes de su prision las piezas de artilleria, el oro y plata, perlas, piedras y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que seria vencido. Acusaron esta accion á Cortés en su residencia, como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendia con que se hizo á pedimento de *Julian de Alderete* tesorero del rey, y porque pareciése la verdad, pues que decian todos que él se tenía toda la riqueza de *Motheusoma* y no queria atormentarle porque no se supiese: muchos buscaron el tesoro en la laguna y en tierra por lo que dijo *Quauhtimóc*, mas nunca se halló, y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata y no decirlo.

CAPITULO 34.

El servicio y quinto para el rey de los despojos de México.

Hicieron fundicion de los despojos de México, y hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno: cupo al quinto del rey veinte y seis mil castellanos, cupiéronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón, mantas de pluma, rodajas de miembro aforradas de pieles de tigres y cubiertas de pluma, con copa y cerco de oro, muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, porque queman las conchas para sacarlas, y aun para comer la carne. Servieron al emperador con muchas piedras y entre ellas una esmeralda fina como el palmo de la mano, pero quebrada y que se remataba en punta como piramide, y con una gran bajilla de oro y plata, en tasas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de haciadillo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores y todas tan al vivo que habia mucho que ver. Diéronle asimismo muchas manillas zarzillos, sortijas, bezotes, y otras joyas de hombres y de mugeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y plata, todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tantos. Enviáronle sin esto muchas máscaras mosayacas de piedrecitas finas con orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los lábios, muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, paliás y otros ornamentos de templos, o cual era de pluma, algodón y peios de conejo. Enviaron tambien algunos